

Arzalluz

Xabier Arzalluz, presidente del PNV, ha dicho que en el plazo de tres o cuatro legislaturas Euskadi tiene que ser independiente. No es la primera vez que se hace cuentas parecidas: en una reunión que mantuvo el 26 de marzo de 1991 con dirigentes de la Koordinadora Abertzale Socialista –de la que uno de los asistentes, Garitano, entonces redactor jefe de *Egin*, hizo un detallado informe que fue requisado por la policía en mayo de 1992–, dijo que calculaba “alcanzar la soberanía de Euskadi entre el 98 y el 2002”. También dijo entonces que “el enemigo número uno es el de siempre, aunque ahora gobernemos con él (entonces gobernaba con el PSOE)”; y dijo “no creemos que sea bueno que ETA sea derrotada”; y dijo “unos sacuden el árbol, pero sin romperlo, para que caigan las nueces, y otros las recogen para repartirlas”.

Para mí que Arzalluz ha echado cuentas de los años de vida que pueden quedarle y transformados en legislaturas los ha hecho coincidir con un deseo propio, como a menudo les pasa a esos líderes supremos de los pueblos que son a la vez poetas, sacerdotes y guerreros y como le pasa a todo hijo de vecino, aunque sea un barrigudo habitante de la barra del bar de la esquina sin más calentaderos de cabeza que la injusticia arbitral del partido de Corea, porque tampoco él, por muy creyente que sea, quiere morir sin ver cumplido su deseo en la tierra, no vaya a ser que en el cielo Euskadi también forme parte de España.

Xabier Arzalluz, que cuando habla parece que se contiene la ira, debe sufrir mucho por la injusticia que entre otros yo, que soy español como podía ser francés o paraguayo o sueco, estoy cometiendo con su pueblo, que es el de los vascos vascos, no el de los vascos españoles o el de los vascos franceses. Yo debo ser uno de éstos que lo oprime y que lo mantiene en ese estado de permanente cabreo. Cuando Arzalluz dice que no está ni con unos (los de ETA) ni con otros (los tiranos españoles), yo debo ser uno de esos otros.

Según los cargos que me hago yo (que soy de los opresores), los unos son los que matan y los otros son los que mueren, de manera que mantenerse, como hacen Arzalluz y los suyos, en ese real o supuesto fuego cruzado de injusticias es

mantenerse cómodamente a salvo, calentito en invierno y fresquito en verano, sin escoltas, sin problemas de conciencia y, además, con ese prurito moral que da el saberse oprimido llevando la razón.

Cuando Arzalluz dice ni con los de ETA ni con los españolistas, está diciendo ni con los de ETA por ahora (porque matan) ni con los que españolistas para siempre. Entre el por ahora y el para siempre hay una diferencia bien significativa, y no sólo temporal: cuando Arzalluz vea ondear la ikurriña en la ONU, los asesinos de ETA, que ahora son ovejas descarriadas, no sólo serán perdonados, sino tratados como héroes: los fines son ideales, y comulgar en los ideales (la independencia) une a la postre más que comulgar en los medios (no matar).

Lo que Arzalluz no sabe es que yo no tengo ningún interés en ser compatriota ni de él ni de los que son como él. Si Arzalluz quiere el derecho a la autodeterminación de mí, yo quiero el derecho a la autodeterminación de él. Y si no fuera porque creo que no se le debe dar la razón a nadie que viene pidiéndola a tiros, aunque la lleve, y porque en el País Vasco no todos son vascos vascos, yo mismo iría a darle las llaves que abren las puertas de esta cárcel que es España o las que cierran el muro que separa a Euskadi de España o lo que sea. Arzalluz sería feliz sin mí y yo dejaría de ver su cara de cabreo en la televisión.

Juan Bosco Castilla